



Carmen Conde

Los poemas de Mar Menor

Índice

Los poemas de Mar Menor
Ante ti
Historia
Incorporación a tu esencia
Comprobación
Redimidos por el mar
Pacto
Abandonándonos a ti
Devenir del Mar Menor
Seres en el mar
Los molinos de velas
Horizonte doble
El patrón «Meño»
Días de levante
Bodegón
Entre la playa de la Horadada y el puente de la Greda
Albañiles en Mar Menor
Luna en el Mar Menor
Viajes por ti
Contemplación absorta
Veinte de setiembre en las Encañizadas

Ante ti

Porque siendo tú el mismo, eres distinto
y distante de todos los que miran
ese rosa de luz que viertes siempre
de tu cielo a tu mar, campo que amo.

Campo mío, de amor nunca confeso;
de un amor recatado y pudoroso,
como virgen antigua que perdura
en mi cuerpo contigo al tuyo eterno.

He venido a quererte, a que me digas
tus palabras de mar y de palmeras;
tus molinos de lienzos que salobres
me refrescan la sed de tanto tiempo.

Me abandono en tu mar, me dejas tuya
como darse hay que hacerlo para ser te.
Si cerrara los ojos quedaría
hecha un ser y una voz: ahogada viva.

¿He venido, y me fui; me iré mañana
y vendré como hoy...?; ¿qué otra criatura
volverá para ti, para quedarse
o escaparse en tu luz hacia lo nunca?

Historia

Este mar es un mar arracimado
en dos brazos de tierra, clamorosos
de jaloque y leveche...; es un espeso
vino viejo de sales y de yodo.

Es un mar para jóvenes intactos;
y es un mar para seres que ya saben
lo que el mar lleva en sí, desde la tierra.
Es un mar sin jinetes, no galopa.

Y este olor de milenios a que huelen
sus orillas de pinos y palmeras,
es del mar sobre el mar: es ya celeste
como manos de arcángeles quedadas.

¡Oh su luz y su son, sus grandes nubes
que el levante desprende de los cielos
y que vuelca en el campo, como ríos
que regresan de Dios, el mar de bronce!

Incorporación a tu esencia

Densísimo, que sin moverme apenas
dentro ya de ti, sostienes mi andadura
cargada de pesantez.
No solamente tierra en declive me soportas,
sino edades: milenios, como los tuyos,
flotamos en ti... Suave y tiernamente
me llevas en mediodías
inacabables de sol.

Para aliviarme de este peso de mí
entrego a tu densor fabuloso
completa inmovilidad. Y ando.
Ando sobre tus lienzos crujientes de algas,
por tu zafiro líquido, por tu derramada esmeralda,
como por el puro mármol azul del cielo.

¡Alta galería quieta de tu firmamento,
acercándoseme íntegra!
¡Ojos los míos que se abren ciertos
dentro de ti; videntes de ti, tuyos
y realizados ojos de la inmortal espera!

Comprobación

Te sigo, con la nostalgia de siglos
que no fueron ni serán míos...
¡No tener una edad inacabable para quererte!
Permanecer a tu orilla como a la de un joven
que corre hacia sus límites, mi limitado hoy.

No tuve ni tendré una eternidad de ti.
Un minuto tuyo soy, y ello me duele tanto
que sufro al amarte, y te daría
más tierra de mí, quedándoteme.

Sí. Te contemplo y oigo. Huelo tu simiente
y, pobre Sarah que soy no te devuelvo
lo que me vienes a dar.

Redimidos por el mar

Quieta, porque te miro siempre, hasta durmiendo,
veo a los otros llegar hasta ti
quitándose sus vestidos diferenciadores,
y penetrando en tu pulpa sostenedora...

¡Si no esperara el milagro, lloraría!
Pero el milagro es siempre, porque los bruñes
y pules como a pedazos de piedra, y fúlgidos
ostentan desde tu luz la propia lumbre.

Hermosos, son hermosos los que te incorporas.
Criaturas que deslumbran, por tu contacto.
Hombres y mujeres recién hechos,
perfectos de carne y de alma, destellando
sobre tu propio destello.

¡Alegría de que vengan aquí los míseros
de belleza, los lentos de la tierra, los torpes
y los sanos! ¡Alegría para mis ojos, tus dos fuegos,
que se salvan, por el milagro tuyo,
-¡oh mar piadoso y mío!-
que vuelve de oro al plomo y al barro!

Pacto

Pactemos, mi mar.
Corrobórame íntegro el pacto.

Cuando me vaya a la selva de casas
y de acuciantes urgencias anónimas,
has de acudir, tal y como te veo,
apenas mi corazón desmaye,
levantándome ante mí, arcangélico azul inmenso,
bañándome el duro mundo de mi contorno humano.

Y por las noches de ti, apenas callen
sus extensos rumores pinar y viento,
has de evocarme tú, has de escucharme,
diciéndote:
¡quisiera yo ser eterna, sólo por verte!

Abandonándonos a ti

Blanda e insumergible plataforma líquida
por la cual caminamos, leves,
en confiado avance dentro de ti...
¿Fue en Tiberíades tan densa la sal del mar,
como la tuya?

Ajenos a cuanto no seas tú, vamos
por el llano campo de ti, el submarino
predio del Mar Menor, y Palestina
se enciende de palmeras y de almendros,

en hogueras punzantes de nopales.

Cabras de gris pelaje ceniciento
balan con sus crías al amparo rumoroso
de arboledas primigenias... Duerme el vino
en los odres de tierra, y arcaduces gimientes
rescatan al agua dulce de su encierro.

¡Ay mis ojos ardientes, mi voz de lumbre
por pedernales tiernos a tu contacto, oh mar mío!
Quedarme quieta es el ir entre tus manos
que despiertan al sueño.

Devenir del Mar Menor

Creciendo en densidades, de tal forma
que en un siglo cercano serás sólido.
Plinto gigantesco y azul con suave rosa
mojándote la piel en el crepúsculo.

Toda tu blandura maleable,
la que ahora soporta nuestros cuerpos,
cuajará entre sus sales olorosas
y una pista bruñida serás íntegro.

¿Quién irá por tu suelo, el ya tan prieto
como ahora es de líquido oleoso?
¿Qué criaturas oirás que se deslicen
embriagados de ti, por tu infinito?

Te presiento en la piedra de ti mismo,
mineral tu presencia, la que en lenta
fugitiva evapora, suavemente
su corpóreo espesor de algas y yodo.

Seres en el mar

Desnudas las exiges, por vestirlas de ti
a las criaturas.
Por echar en sus hombros estos mantos
transparentes y puros, transformando
en el alma la carne;
arrebátándoles el polvo milenario de la gleba,
lavándolas del surco, del polen fermentado,
del ácido frutal de las cosechas.

Joyas son de ti cuando las bañas.
Purificadas de sus siete toros negros, si las tocas.
Destellantes de virtudes casi humanas.
por tu divino contacto.

Corroes sus cortezas,
disuelves sus maduras y escamosas túnicas.
Salvas, como el bautismo de Juan,
todo un génesis de culpas.

Sí. Desnudos nos espera tu ronca y delicada caracola
para nacer nuevamente en el mar que tú eres
a una paz del espíritu, liberto.

Como lavas microscópicas dejamos en tu orilla
las sucias arenas de pecados tristes.

Los molinos de velas

Ellos, siempre tres, son tus ángeles costeros.
Los tres grandes molinos que te vuelan,
se arrebatan de sol, giran ebrios de azul,
salobres velas
en las manos del viento que te baña.

Molinos que en el campo son navíos
y que aquí, ya veleros anclados, te aureolan.
¡Cuánto barco en tu pueblo de oleajes,
derramándose el campo en blancos lienzos!

Agua dulce en la tierra de sembrados,
agua y sol en tus límites extremos.
Ellos giran y giran; remos, jarcias,
sin timón -que eres tú-, sobre los cielos.

Horizonte doble

Campo y mar tan unidos en un cántico
pocas veces halló el hombre en el mundo.
Marinero y labriego, juntamente;
con la tierra y la red, oficio unísono.

Los sembrados del mar y de los campos
a una misma familia se le ofrecen.
Las praderas azules de las aguas,
y la tierra mollar que el sol embebe.

Una sola mirada abarca el todo:
el milagro del pan y de los peces.
Andando está el pastor sobre las aguas,
y el árbol de su cruz muy cerca crece.

Palmeras en bandadas, algarrobos,
olivos y almendrales, los granados
ampanan al que come de las aguas,
mezclando sal del mar a oscuro aceite.

¡Oh tierra de este mar, roja y profunda,
floreciendo molinos y salinas!
Transcendiendo la perenne arquitectura
de tu ser y no hacer, tu fuerza viva!

El patrón «Meño»

Vino un hombre del mar, labriego tuyo,
a traerme noticias de tu fondo.
Y de inmensa pradera fabulosa
de color y de vida, hizo el regalo.

¡Qué bandadas de peces se repliegan
en los bancos de arena caldeada,
cuando sopla el levante, cuando el cielo
se hace nube de grises pertinaces!

Refugiados allí sueñan y esperan
que en la luz se desaten los azules
para, alegres, ligeros, juguetones,
dispararse a la altura, meteóricos.

Se levantan en ágiles conciertos
y se saltan las barcas que los celan
es la fiesta de ti, como bengalas
son tus peces: los mújoles perfectos.

Los labriegos esperan con sus redes,
el buen copo se fragua muy despacio...
Un cigarro en el mar, mientras se aguarda
y se piensa en las cosas, lentamente.

En otoño es el tuyo un mar de oro,
apretado de pesca; en el invierno
te prodigas tú menos, dice el «Meño».
El silencio absoluto es una ley.

Primavera se lleva tus tesoros,
y te quedas vacío de habitantes.
Marineros y peces se te alejan
y te entregas a ti, a tus esencias.

El verano es espléndido de dones.
El verano es la vid llena de ramos,
que en las bocas exhalan sus licores.
¡El verano es el jugo de los mares!

-El Patrón es un hombre requemado
por el sol y la sed, fuerte y tranquilo,

que a los suyos conduce en grandes barcas:
como flota de paz en el trabajo.

Son cincuenta los años que rotura
esta gruesa heredad de aguas copiosas.
Se sonrío y me cuenta, cual un niño
que conoce a su madre como un hombre.

¡Elogios de tu luz, mar de mi ocio;
la cifra destellante de tus minas;
relatos de tu ser, de tus criaturas,
el hombre de los barcos me revela!

Días de levante

El levante no admite señores sobre ti.
¡Él solo te señorea!
Desierto gris, o pardo, sosegado torso tuyo;
y el levante
runfándote su amor, contigo.

Yo, sí. Yo, que floto sin moverme,
dentro del viento y de tus aguas,
dormidamente quieta, respirándote...
Soledad de la luz con nubes, en lo alto.

Ni una vela se asoma, ni un dulce remo
crepita, goteándote fresquísimo.
El levante lo exige, todos huyen
y te entregan a él, ¡oh mar condueño!

Ya no soy la que fui; salgo cubierta
de tremendas soledades levantinas.

Sobre mi mesa diaria, aprestada sobre el mar,
hay los peces preparados por Alberto
y los peces adobados por Fuensanta.
Vino y pan, con el manjar dulcísimo
que se hacen por estos campos.

A mi mesa de aquí no viene la carne.
El pescado que en brasas olorosas concentra
sus más gozosos jugos,
alimenta mis días del soñante ocio.

Velan mis amigos con solícito cuidado,
ofreciendo lo discreto al paladar.
Discretos y sabios, conocedores perfectos
de la mesa levantina.

Delicada transmutación de este paisaje
es la mesa que Alberto con Fuensanta
a diario me colman de dones.

¡Muerdo el mar Menor
y me trago su sangre!

Entre la playa de la Horadada y el puente de la Greda

Cuando aún le sobra al día para seguir siendo hermosísimo
una sangre color de rosa que tiñe delicadamente al mundo,
y vivifica alcores, arrebola calas a donde el mar se reclina,
y pone entre el gris inesperado de unas nubes, sus manos,
vuelven del trabajo los labriegos...

Con sus cortas camisas sudadas,
con sus remendados pantalones sucios de tierra,
pero con los cuerpos bañados de olor de mar,
y los ojos azules de cielo iluminado de rosa,
y un cansancio indiferente a todo lo que no sea ir
en demanda del sueño...

¡Oh las tardes lentas del Mar Menor!
Las indelebles terrazas del agua mojándose de luna
y latiendo, arrítmicas, los atardecientes sin oleaje.
Las mujeres caminando despacio, atónitas de maternidades
que no cesan; y los niños de fugaces formas ágiles
con un pedazo de futuro entre los dientes.

Rosa suelto en chorro de frenética belleza.
Rosa del día de trabajo y del ocio que contempla,
y de las playas menudas y agrestes por donde escapan
eternos ojos en purificación de vida.

¡Oh mar de mi tierra, oh mar de Palestina!

Albañiles en Mar Menor

Porque todo está igual, porque siempre será lo mismo,
pasan y sonríen, pasan y se alejan con sus días iguales
sobre espaldas cansadas de doblegarse al sol y al trabajo...
Levantán casas para los otros, para los que vienen de lejos
buscando descanso u ocio, contemplación o sueño,
éxtasis de mar y de cielo azul, rosa y violeta.

Viejos y serenos, jóvenes y ardientes, nuevos y acezadores,
todos los que llevan y traen piedras
son los mismos que levantaron, hace milenios,
pirámides y templos para sacrificar a los dioses
por mandato de otros; con el mismo sudor y sed.

Sin la orden de construir, ajena e indiferente,
todo estaría, todo, como el primer día de la creación.
Suelo y cielo, mar y pinos, frutos y aves, tierra en barbecho
y tierra removida de hoy,
en una calma extensísima y vacía, calma ignorante de sí.

Esta gran paz de gloria inmortal se tiene
(¡oh sublime dolor de tantas certidumbres humanas!)
a costa del esfuerzo y de la renuncia de los que cogen del
surco
un pedazo de pan frente al mar redondo

que es, ahora radiante, mi mar aborigen.
Soy la nada.

Luna en el Mar Menor

Estamos todos callados escuchándote que hables
y aunque no entendemos todos, tú nos va enumerando
tan viejos misterios tuyos, hueso puro de la vida
que el sol consume incesante al costado de tu voz.

Es una historia del padre y es viva historia del hijo
la que influye tu oleaje, ardiente espesa palabra
cubriéndonos con la espuma de frenética saldumbre;
o con la calma, flotando como el color de la luz.

Hueles y sabes molusco, amargas ola, traspasas
empujón dulce que invades como un amor...;
¡que mareas como una altura, que hiendes
como una espada de luna...!

Cerramos todos los ojos. ¿Quién es el que viene andando,
que apenas pisa las olas...?
¿Quién multiplica la pesca y arrebató muchedumbres?
¿Eres un mar, o aquel lago que secó el sol de la ira?
¿Eres el mar, o un espejo que del cielo ha descendido
para que nosotros, tuyos, queramos soñar el mar?

Luna de ti, la vibrante y pronta pisada luna,
¡en estas noches de espera goteando van las barcas
en un camino que sigue fuera del mundo, mar mío!
Luna de setiembre, última,
ya no impávida ni ajena,
¡en este misterio roto de tu distancia...!

Cuéntanos del mar; si puedes, luna, contarnos
cómo hicieron este mar:
si a la vez que tú, si antes;
si cuando abriste tu cáliz estaba ya aquí,
mirándonos...
Si fue después cuando oíste

el rumor de su estallido... Cuéntanos.

Estamos quietos, oyendo
debajo de luz; callados
y temblorosos de luz!
¡Tan cerca estamos del mar y de ti,
callada luna!

Viajes por ti

Confundiéndose el agua del cielo, con el agua del mar.
Nadándolas en el barco que avanzaba en el silencio
con enajenado éxtasis, con frenético empeño
de que nunca acabara, de que siempre estuviera allí,
conmigo, apretándome en vertiginoso rito,
las dos aguas gemelas, las dos aguas idénticas,
las dos eternas aguas puras en las que mágicamente
se desintegraba la luna.

Y hoy, radiante día de setiembre único,
¡alegría de las dos mares azules, una y dos en la misma,
orillas de «la Manga», ardiente de tierra!
que las retiene y separa, que las divide y las une
en la doble interminable «Junta» que es la clave
de este mar, tan íntimo y complejo.

Hoy, sí, las dos mares más en su doble contacto,
en doble entrega alterna y unísona de ímpetu,
las dos mares amadas como si fueran una, la que son,
la mar enorme que es el cielo para todas las aguas,
con el sol y la luna, con el viento y la pesca;
con este ritmo volcánico, de socavado ardor
en dulce geología casi mística.

Noche y mañana del mar, día redondo y espeso
de sol y de fantasmas que resbalan por la luz azul
de una larga travesía en barco que se calla
para que yo escuche, mío, duro y compacto,
el pulso atroz, delicadamente lleno,
de un mar de sol, de un mar de luna;
de un soñar o recordarse en el sueño,

de un vivir o quemarse en la luz...

Tú, tú, siempre tú, el ajeno y nuestro a toda hora,
limpio y fragante, oloroso y ligero, recio y poblado,
¡todo un universo dentro del fanal sin posible evasión
que es el voraz abrazo de esta tierra!

Contemplación absorta

Apenas si las distancias, apenas si entre los campos
se suman el mar y el cielo componiendo lejanías...
Todo está cerca, las manos alcanzan a todas partes.
Sólo es profundo el estar junto a ti, tú no lo eres.

Lo que tú tienes de hondo no es la suma de tus aguas,
sino el grosor de su pulpa, la espesura de su cuerpo.
Lo vivo tuyo se abarca buceándote unos metros,
pero lo eterno -en lo breve- necesita de milenios.

Es lo que produces tú, lo que a tu costado acude.
Una distancia se mide, la profundidad se aprecia.
Nunca el mágico soñar, el desvarío que arrolla
fugitivas realidades que rechazas por inhóspitas.

Ante ti se desintegran las frágiles avenidas
de cosas, y de criaturas que son cosas más que seres.
Tu sal excesiva opone el suelo a la planta débil
para mantenerla firme, y que flote descuidada.

Eres pequeño y robusto como un campesino antiguo
que llegó desde las tierras de Ulises y Nausicaa.
Nadie te agota, y vinieron a dársete muchedumbres
de labriegos que alimentas con peces de tus «corrales».

Profusamente habitado por una fauna preciosa
palpitas junto a los campos de almendros y de olivares.
Siempre iguales, siempre juntos. Indiferentes al tiempo.
Sois la eternidad perfecta. Vine y me iré. Quedaréis.

¡Quedándote eres profundo, como sólo un mar lo puede;
como solamente un cielo que te crece de la boca!
Apenas si la distancia cuenta contigo, mar mío.
Todo está cerca y lo mismo: un gran sueño con orillas.

Veinte de setiembre en las Encañizadas

Es día que en setiembre se celebra
cada año.
Bol de golos, oferta de cosechas de la mar.
En la mesa del rico, convidados
los que siempre comieron sus relieves.

Volvieron las repletas pantasanas,
sobraron los palangres este día.
Los peces conseguidos sin esfuerzos,
¡a oleadas rebosaban!

A unas breves horas se rendía
todo un año de noches en el tajo.

(Rayando casi aurora de grises invisibles,
salimos a calar.
Y el súbito levante frío,
¡nos obligó a zarpar!).

Verano de 1959. Lo Pagán, Mar Menor.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

